

HERMANN MOOSER**HOMENAJE A SU MEMORIA**

MAXIMILIANO RUIZ-CASTAÑEDA y GERARDO VARELA

El doctor Hermann Mooser, joven aún, vino a México invitado por el antiguo Hospital Americano para hacerse cargo del laboratorio clínico de ese nosocomio. Graduado en la Universidad de Zürich, mostró notable capacidad en las diversas especialidades de laboratorio; era un excelente bacteriólogo, experto en química orgánica sobre todo en técnicas y conocimientos sobre anatomía patológica; pero aprovechaba todo incidente anormal en la clínica, tanto del hospital como entre los pacientes de sus numerosos consultantes. Entre sus contribuciones originales figuran el diagnóstico en nuestro país del sodoku, la disentería (*Shigella dysenteriae*) y la fiebre recurrente; pero su obra maestra fue el estudio del tifo exantemático.

En los últimos años de la segunda década de este siglo, el tifo exantemático era todavía muy frecuente en la ciudad de México, lo que estimuló su interés por investigar su causa y mecanismos epidemiológicos. Fue este ilustre investigador quien señaló la diferencia experimental entre el tifo clásico y lo que se conocía como tabardillo o tifo mexicano. Su contribución provocó una reacción universal

sobre la posibilidad de ratificar o rectificar conceptos clásicos sobre la etiología y epidemiología del tifo. Por su labor fue invitado a continuar sus investigaciones en la Universidad de Cincinnati, donde tuvo oportunidad de confirmar sus descubrimientos hechos en México. De regreso a su laboratorio del Hospital Americano, contribuyó con Zinsser y Ruiz Castañeda al aislamiento de un agente infeccioso del cerebro de ratas y sus ectoparásitos capturadas en una prisión de esta capital, agente que resultó idéntico al que había encontrado en casos humanos de tabardillo. Con toda justicia su nombre ha sido inmortalizado al asociarlo a la variedad murina del tifo exantemático.

El laboratorio del doctor Mooser estuvo siempre abierto a los estudiantes que deseaban preparar sus tesis profesionales o que se interesaban en investigar algún problema de medicina. Quienes aprovecharon esa oportunidad disfrutaron no sólo de la hospitalidad y sabio consejo de este ilustre investigador, sino de cuanto recurso material necesitaron para realizar sus propósitos. Al lado del doctor Mooser se entrenaron quienes llegarían a ser investigadores en problemas de rickettsiasis.

Mucho debe la cultura médica de nuestro país al doctor Mooser, lo que fue justamente reconocido por la Academia de Medicina, nombrándolo miembro honorario; por la Universidad Nacional Autónoma de México, otorgándole el título de *doctor honoris causa* y por la Secretaría de Salubridad concediéndole la medalla "Eduardo Liceaga"; pero sobre todo, por el cariño y respeto de todos los que tuvimos el privilegio de conocerlo. La huella que dejó su paso por México ha quedado registrada en las páginas más brillantes de la historia del tifo.

Su país natal no pasó por alto la significación de los trabajos del doctor Mooser, llamándolo a ocupar la cátedra de Higiene en la Universidad de Zürich. Otros países europeos le otorgaron máximos honores; pero tantas distinciones no alteraron ni su modestia ni su constante y fructífera labor, que continuó hasta el fin de su vida, el 20 de junio de 1971. Su desaparición deja entre nosotros la dolorosa sensación de haber perdido a quien fue guía e inspirador de una brillante pléyade de investigadores mexicanos.